

Alejandro Cattaruzza

Historia de la Argentina

1916-1955

biblioteca básica de historia



Alejandro Cattaruzza

Historia de la Argentina

1916-1955

Historia de la Argentina, 1916-1955 ofrece una síntesis cuidada de los principales procesos políticos ocurridos en la Argentina de la primera mitad del siglo XX. El relato se desarrolla en torno a tres grandes ejes: las presidencias radicales, los gobiernos surgidos del golpe de estado de 1930 y el primer peronismo, coyunturas en las que se moldearon algunos rasgos que caracterizan aún hoy el ejercicio de la ciudadanía y la democracia en el país.

Alejandro Cattaruzza explica la etapa crucial que se extiende desde la llegada de Hipólito Yrigoyen al gobierno hasta el golpe de estado que derrocó al peronismo en 1955. En esas décadas se producen cambios profundos: en lo económico, el pasaje de una economía orientada a la agroexportación a una con presencia significativa de la industria; en lo político, el fin del "orden conservador" y la apertura de una etapa en la que los destinos de la democracia serán inciertos. Además, la sociedad se vuelve más compleja, se acelera el proceso de urbanización y crece el papel del ejército y los sindicatos en el juego político.

Atendiendo a la acción del estado y los partidos, el autor explora también las resonancias locales de las dos guerras mundiales, el ascenso del fascismo en Europa y la crisis de 1929. Y otorga especial importancia a los debates que dividían a los intelectuales ante los hechos que convulsionaban el país, en particular la emergencia del peronismo. Aquí reside, precisamente, uno de los mayores méritos del libro: la capacidad para identificar los sucesos políticos decisivos y plantear a la vez sus relaciones con las tensiones ideológicas que marcaron el período y cuyos ecos se advierten todavía.

La Biblioteca Básica de Historia ofrece un panorama sistemático de la historia argentina desde los pueblos originarios hasta el siglo XX en sus dimensiones social, política, económica y cultural. A partir de sólidas y actualizadas investigaciones, destacados historiadores narran el pasado de nuestro país situándolo en su contexto y en sus vínculos con América Latina y el mundo. Los relatos combinan una perspectiva original y rigurosa con una exposición sencilla y directa. Cada volumen incluye fuentes e ilustraciones que contribuyen a hacer más vivida la historia.

ISBN: 978-987-629-078-4



9 789876 290784

biblioteca básica
de historia

Dirigida por Luis Alberto Romero

Alejandro Cattaruzza

Historia de
la Argentina

1916-1955



siglo veintiuno editores s.a.

Guatemala 4824 (C1425BUP), Buenos Aires, Argentina

siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

Cerro del agua 248, Delegación Coyoacán (04310), D.F., México

siglo veintiuno de españa editores, s.a.

c/Menéndez Pidal, 3 BIS (28006) Madrid, España

Alejandro Cattaruzza

Historia de la Argentina 1916-1955. - 1a ed. - Buenos Aires : Siglo Veintiuno Editores, 2009.

264 p. : il. ; 23x16 cm. - (Biblioteca básica de historia / Luis Alberto Romero)

ISBN 978-987-629-078-4

1. Historia Argentina

CDD 982

© 2009, Siglo Veintiuno Editores S.A.

Edición al cuidado de Yamila Sevilla y Valeria Añón

Diseño de colección: tholón kunst

ISBN 978-987-629-078-4

Impreso en Grafenor // Lamadrid 1576, Villa Ballester,
en el mes de julio de 2009

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

*Para Mabel, que ha encontrado tantos modos
de hacernos saber que contamos con ella.*

Índice

| | |
|---------------------|-----------|
| Introducción | 13 |
|---------------------|-----------|

PRIMERA PARTE

1880-1916

| | |
|-------------------------------------|-----------|
| 1. La Argentina conservadora | 23 |
|-------------------------------------|-----------|

Lecturas diversas de una transformación profunda. Algunas cifras del cambio. Los modos de la política (I): el régimen conservador. Los modos de la política (II): el noventa. La reforma electoral. Conjeturas: la cuestión de la democracia en la década de 1910

SEGUNDA PARTE

1916-1930

| | |
|-----------------------------------|-----------|
| 2. Los gobiernos radicales | 45 |
|-----------------------------------|-----------|

Yrigoyen llega a la presidencia. La disputa central: la importancia de las imágenes. Del llano al gobierno. La candidatura de Marcelo T. de Alvear. ¿Un nuevo eje del conflicto político? Las líneas de acción del gobierno de Alvear. La vuelta de Yrigoyen. El camino hacia el golpe de estado. Interpretaciones. De 1912 a 1930

| | |
|------------------------------------|-----------|
| 3. La cultura y la política | 69 |
|------------------------------------|-----------|

La guerra y la revolución. La Reforma Universitaria. Un clima de renovación cultural. Otros itinerarios. Más allá de los jóvenes. Más allá de los intelectuales. La cultura de masas y los cambios sociales

| | |
|---|-----------|
| 4. Las transformaciones sociales | 91 |
|---|-----------|

Los grandes cambios a través de los números. Fuera de las ciudades. Dos conflictos relevantes: La Forestal y la Patagonia. En la ciudad: la Semana Trágica de 1919. El movimiento obrero. Otra vez en las ciudades. Variaciones ciudadanas

TERCERA PARTE**1930-1943****5. La disputa política, de un golpe a otro****115**

Los términos del problema. La dictadura de Uriburu. El cuadro político en los primeros años de la presidencia de Justo. Los radicales: el retorno y el fraude. Las elecciones de 1937. La presidencia de Ortiz. Castillo y los conservadores. Escándalos y desprestigios. Otras formas de la intervención política. Ecos de la Guerra Civil española. El factor militar

6. Actividades intelectuales, acciones políticas**135**

Tiempos de discusión intensa. Los intelectuales y la política. Debates en torno a la función social de los intelectuales. Principales dilemas de los hombres de la cultura. La cuestión de la identidad nacional. Otras versiones del pasado y un cambio de clima político

7. Cambios y continuidades en la sociedad**157**

Escenarios en transformación. Las ciudades: Buenos Aires. De la agroexportación al mercado interno: economía y sociedad. Los trabajadores. Los sindicatos, la política y la acción estatal. Límites. El estado

CUARTA PARTE**1943-1955****8. La llegada del peronismo, 1943-1946****181**

Otro golpe. El GOU. Perón, los sindicatos y la Secretaría de Trabajo. Hacia el 17 de Octubre. Elecciones. 1945-1946: disputas políticas, dimensiones sociales, conflictos imaginarios. Cambios perdurables

9. El peronismo en el gobierno**203**

La primera presidencia de Perón. La economía: nuevas condiciones. Hacia la reforma constitucional. La continuidad inicial del activismo obrero. Otras movilizaciones. Un cambio de etapa: crisis económica y reelección. La segunda presidencia. Acción sindical y recomposición salarial. El conflicto con la iglesia

10. Otras dimensiones de la experiencia peronista 229

El peronismo y la extensión del bienestar social. Salarios, consumo y vivienda. Salud pública y turismo social. Educación y cultura. Los que se fueron: ¿intelectuales peronistas? Imágenes del pasado (I). Imágenes del pasado (II)

Bibliografía 251

TERCERA PARTE
1930-1943

5. La disputa política, de un golpe a otro

Poco después del golpe de estado de 1930, quedó claro que el radicalismo, a pesar de haber sido desplazado del gobierno, contaba aún con apoyo popular. Su retorno a la lucha electoral en 1935 supuso nuevas complicaciones para el oficialismo, una alianza inestable y heterogénea articulada por el general Justo, que recurrió al fraude masivo para controlar la sucesión. En numerosas ocasiones, los mismos dirigentes que apelaban a ese mecanismo sostenían su apego a los principios constitucionales y a las leyes vigentes. Mientras tanto, crecía la importancia del ejército al momento de definir situaciones políticas. En un cuadro ya conmocionado por la Segunda Guerra Mundial, el período se cerró en 1943 con un nuevo golpe militar.

Los términos del problema

Entre el golpe de estado de 1930 y el de 1943, las disputas políticas en la Argentina fueron múltiples, complejas, libradas por numerosos actores y muy intensas, lo que contrasta con la opinión que sostiene que se trató de un enfrentamiento entre dos contendientes –“coloniales” frente a “nacionales”, o autoritarios frente a democráticos– que habría ocupado toda la escena. A su vez, el contexto general en el que esas disputas tuvieron lugar cambió con rapidez en varias oportunidades, tanto por razones vinculadas a la situación local como a la internacional, sacudida primero por la crisis de 1929 y sus efectos, luego por la Guerra de España (1936-1939) y, finalmente, por la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Al mismo tiempo, las posiciones y estrategias de los diferentes partidos cambiaban, al menos en algunos de sus puntos, en función de aquellas transformaciones y también de las maniobras que ensayaban sus adversarios en la Argentina.

Desde el punto de vista ideológico, se asistía al desarrollo de varios fenómenos importantes y relativamente novedosos: una crisis de la mirada liberal sobre el mundo, que excedía el plano local y era más profunda que las anteriores; ciertas reorientaciones en las posiciones de los grupos de izquierda, varios de los cuales pasaron de la certeza en la inminencia de la revolución a la consideración de otras vías para alcanzar la reforma social; el ascenso de actitudes que, sin ser del todo uniformes ni nuevas, se proclamaban nacionalistas, en muchos casos vinculadas al catolicismo. Varios de estos procesos habían comenzado en los años veinte, pero en la década de 1930 se volvieron más intensos y evidentes.

En el plano político, la cuestión electoral fue una de las más importantes. A lo largo de la década, algunos dirigentes y grupos realizaron planteos de corte corporativo y proclamaron la necesidad de una reforma de la legislación electoral. Una propuesta en esta línea fue la que Uriburu intentó impulsar durante su dictadura, que sin embargo fracasó pronto ante el rechazo de los partidos, incluso de los que habían participado en el golpe del 6 de septiembre. Otra fue la del gobernador bonaerense Manuel Fresco, cuya gestión terminó con la intervención de la provincia por parte del presidente Roberto M. Ortiz, en marzo de 1940. La cuestión radical se entramó con estos asuntos de manera directa. Desde abril de 1931, como se verá más adelante, fue evidente que el radicalismo conservaba mucho de su caudal electoral, y a partir del retorno de la UCR al juego político, decidido en 1935, la aplicación a gran escala del fraude y la manipulación de los resultados electorales fueron las respuestas del oficialismo, salvo durante unos pocos años, bajo la presidencia de Ortiz. Decididamente, las cuestiones de la democracia, del radicalismo y de las elecciones estaban emparentadas.

Sin embargo, varios sectores dirigentes continuaban proclamando su apego a las disposiciones de la Constitución, a las formas republicanas y, en algunos casos, incluso a las leyes electorales, que violaban luego en los hechos. En el futuro, no pocos problemas de legitimidad tendrían su origen en esa situación.

La dictadura de Uriburu

Luego del golpe de estado del 6 de septiembre de 1930, los miembros del sector afín a Uriburu ocuparon altos cargos; contaron con el apoyo de algunos grupos de civiles nacionalistas y conservadores radicalizados —aunque ningún partido importante desde el punto de vista electoral se alineó

Desde el punto de vista ideológico, se asistía al desarrollo de varios fenómenos importantes y relativamente novedosos: una crisis de la mirada liberal sobre el mundo, que excedía el plano local y era más profunda que las anteriores; ciertas reorientaciones en las posiciones de los grupos de izquierda, varios de los cuales pasaron de la certeza en la inminencia de la revolución a la consideración de otras vías para alcanzar la reforma social; el ascenso de actitudes que, sin ser del todo uniformes ni nuevas, se proclamaban nacionalistas, en muchos casos vinculadas al catolicismo. Varios de estos procesos habían comenzado en los años veinte, pero en la década de 1930 se volvieron más intensos y evidentes.

En el plano político, la cuestión electoral fue una de las más importantes. A lo largo de la década, algunos dirigentes y grupos realizaron planteos de corte corporativo y proclamaron la necesidad de una reforma de la legislación electoral. Una propuesta en esta línea fue la que Uriburu intentó impulsar durante su dictadura, que sin embargo fracasó pronto ante el rechazo de los partidos, incluso de los que habían participado en el golpe del 6 de septiembre. Otra fue la del gobernador bonaerense Manuel Fresco, cuya gestión terminó con la intervención de la provincia por parte del presidente Roberto M. Ortiz, en marzo de 1940. La cuestión radical se entramó con estos asuntos de manera directa. Desde abril de 1931, como se verá más adelante, fue evidente que el radicalismo conservaba mucho de su caudal electoral, y a partir del retorno de la UCR al juego político, decidido en 1935, la aplicación a gran escala del fraude y la manipulación de los resultados electorales fueron las respuestas del oficialismo, salvo durante unos pocos años, bajo la presidencia de Ortiz. Decididamente, las cuestiones de la democracia, del radicalismo y de las elecciones estaban emparentadas.

Sin embargo, varios sectores dirigentes continuaban proclamando su apego a las disposiciones de la Constitución, a las formas republicanas y, en algunos casos, incluso a las leyes electorales, que violaban luego en los hechos. En el futuro, no pocos problemas de legitimidad tendrían su origen en esa situación.

La dictadura de Uriburu

Luego del golpe de estado del 6 de septiembre de 1930, los miembros del sector afín a Uriburu ocuparon altos cargos; contaron con el apoyo de algunos grupos de civiles nacionalistas y conservadores radicalizados —aunque ningún partido importante desde el punto de vista electoral se alineó

allí-, y de sectores militares, minoritarios en la institución. Ese conjunto intentó en principio una salida de perfiles corporativos, que incluía la reforma de la Constitución Nacional y de la legislación electoral; tales proyectos, aunque anunciados, no fueron delineados con precisión. Algunas posiciones de estos sectores, así como la formación de agrupaciones militarizadas —Legión Cívica, Legión de Mayo, Liga Republicana—, los aproximaban sin dudas al fascismo europeo, pero otras los alejaban en parte de este modelo, ya que los grupos argentinos entendían que la clave para la construcción de una sociedad ordenada jerárquicamente era el ejército. La institución militar, que se había transformado en un elemento relevante para la definición de la ecuación política, era la pieza central del proyecto uriburista, mucho más que unas masas disciplinadamente movilizadas en torno al partido único, al estilo del fascismo italiano.

Las elecciones luego del golpe

Junto a los partidos, algunas agrupaciones que se proclamaban independientes apoyaron la candidatura de Justo. Fueron activas, en particular, en la Capital Federal.



Al pueblo todo de la República!

Hace más de tres meses que la Agrupación Independiente JUAN PUEBLO viene realizando una encuesta en la población de toda la República, a fin de conocer cuál sería el ciudadano que tuviera méritos suficientes y que fuera una garantía de respeto a los sagrados postulados de la gloriosa revolución del 6 de Septiembre de 1930, para ocupar la primera magistratura de la Nación.

Según nuestros informes el candidato mejor calificado para ocupar el sitial de Jefe de la Nación es el señor General don Agustín P. Justo.

La junta de delegados que suscriben ha comprobado que el nombre del general Justo es visto con simpatía, no sólo en la masa de los ciudadanos independientes sino que también en los hombres de más prestigio dentro de las diversas agrupaciones políticas del país.

La Agrupación Independiente JUAN PUEBLO solicita de los ciudadanos honestos y bien intencionados contribuyan protegiendo el nombre del general don Agustín P. Justo, para ocupar la futura presidencia de la República.

¡A los ciudadanos independientes y a los hombres políticos de todo el país, le pedimos que reflexionen detenidamente sobre la iniciativa de la Agrupación Independiente JUAN PUEBLO!

Buenos Aires, 25 de Mayo de 1931

Tomás C. Blak

Secretario General

José M. V. Castellanos

Presidente

León Sanginetti, Silvio Giganti y Silvio Benavide

Secretarios

DELEGADOS

- | | |
|--|--|
| Buenos Aires — Tomás C. Blak, José M. V. Castellanos y León Sanginetti | Rosario — Juan Manuel Torres, Juan José Torres y Juan José Torres |
| Bahía — Benigno José, Manuel Torres y Juan José Torres | Santa Fe — Juan Manuel Torres, Juan José Torres y Juan José Torres |
| Córdoba — Antonio J. Pico, Juan Manuel Torres y Juan José Torres | Salta — Juan Manuel Torres, Juan José Torres y Juan José Torres |
| San José — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | Santiago — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |
| San Juan — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | Tucumán — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |
| San Luis — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | La Plata — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |
| San Martín — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | La Rioja — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |
| San Pedro — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | La Paz — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |
| San Rafael — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | La Unión — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |
| San Salvador — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | Las Flores — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |
| San Vicente — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | Las Vigas — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |
| Santa Elena — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | Las Vigas — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |
| Santa Fe — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | Las Vigas — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |
| Santa Rosa — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | Las Vigas — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |
| Santa Teresita — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | Las Vigas — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |
| Santa Teresita — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | Las Vigas — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |
| Santa Teresita — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres | Las Vigas — Juan Manuel Torres, Juan Manuel Torres y Juan Manuel Torres |

SECRETARIA GENERAL: D. DE AGUIRRE

Propaganda electoral de una efímera Agrupación Independiente Juan Pueblo, en ocasión de las elecciones de 1931.

741

Pero era el general Agustín P. Justo, jefe de otro de los grupos complicados en el golpe, quien contaba con la mayoría de las simpatías ideológicas y las lealtades entre los cuadros militares destacados. Justo, que había sido ministro de Alvear, disponía también de un amplio sistema de relaciones con dirigentes políticos, en particular con sectores del radicalismo. Para percibir con precisión la nueva relación de fuerzas en un escenario también nuevo, debe tenerse en cuenta que la alternativa corporativista que el uriburismo propiciaba habría de afectar no sólo al partido derrocado, la UCR, sino también a todos los demás. Eso fue lo que motivó que, a escasos días del golpe, el 27 de septiembre, se creara la Federación Nacional Democrática, donde formaron el Partido Socialista Independiente, los conservadores de la provincia de Buenos Aires y otros grupos conservadores y antipersonalistas, todos ellos favorables al golpe, pero renuentes a acompañar la salida imaginada por Uriburu.

En la misma línea de acción se sitúa la exigencia de una pronta normalización institucional que, a comienzos de 1931, un importante grupo de oficiales realizó a Uriburu. La inquietud militar continuó, probablemente alentada por Justo, aunque también actuaban oficiales yrigoyenistas que planeaban un contragolpe. Así, Uriburu debió conceder un llamado a elecciones en la provincia de Buenos Aires para abril de ese mismo año, ante la amenaza de que se produjera un movimiento militar. Severamente acotadas las posibilidades del plan inicial, el uriburismo imaginó una nueva alternativa, que consistía en llevar adelante elecciones provinciales escalonadas, para poner en evidencia el supuesto apoyo popular al proyecto presidencial, en una suerte de plebiscito en varios tiempos. En la provincia de Buenos Aires se votó el 5 de abril de 1931; estaba en juego la composición del Colegio Electoral que elegiría gobernador y vicegobernador.

Fue en ese momento cuando los dirigentes debieron tomar nota de que otra variable continuaba siendo importante en el juego político: el radicalismo. Los votos radicales fueron 218 800 frente a 187 800 votos conservadores y 41 600 socialistas; en consecuencia, en el Colegio Electoral, los socialistas definirían la situación. La UCR había mejorado su desempeño de 1930, aun sin manejar los recursos estatales a la hora del voto. Los cálculos políticos volvieron entonces a cambiar, ya que el uriburismo quedó definitivamente sin chance, y el radicalismo se convertía en un factor que debía ser tenido en cuenta, ya que a pesar del golpe, el derrocamiento y el descrédito del gobierno radical en sus últimos tiempos, quedaba demostrado que contaba con un apoyo popular nada despreciable. Finalmente, la elección de Buenos Aires fue anu-

lada en octubre, cuando ya se había convocado a elecciones presidenciales para noviembre.



La versión uriburista del golpe de Estado

En julio de 1931, durante la cena de camaradería de las fuerzas armadas, el general Uriburu pronunció un discurso en el que sostuvo que "la revolución [...] fue hecha contra un sistema y no solamente para derrocar un gobierno. No se preparó contra un partido para suplantarlo por otro, sino contra una demagogia, para que sea sustituida por un régimen orgánico que garantice el orden y el equilibrio de las instituciones, las libertades ciudadanas y la voluntad popular". A su juicio, "la revolución no fue inspirada, ni decidida ni ejecutada por los partidos políticos. La preparamos y llevamos a cabo con el ejército y la armada". Uriburu subraya lo que le parece un apoyo popular al golpe, y toma al mismo tiempo distancia de los grupos políticos: "el pueblo ha sentido y comprendido a la revolución de septiembre, mas no así los círculos que usufructúan a la política como profesionales y que creen que el país está encerrado dentro de ellos. Esos círculos pensaron que la revolución se había hecho para ellos y que debía terminar al día siguiente del derrocamiento del gobierno personalista. Reclamaron inmediatamente, envueltos todavía por el polvo del derrumbamiento, los despojos del gobierno, que era el botín que pretendían, detrás de la palabra que invocaron e invocan a grandes voces: la normalidad. Y bien: volveremos a la normalidad; es éste mi más apurado deseo y mi más vivo empeño, pues me es muy áspero el sacrificio de un gobierno difícil que no ambiciono. Pero no retornaremos a la normalidad engañosa que hasta el 6 de septiembre permitió todos los excesos de la demagogia, y que representa en el porvenir un grave peligro que puede repetirse, sino a la que estará garantizada con las reformas que constituyen el programa de la Revolución, para las que por mi parte agotaré todos los esfuerzos, a fin de que sean sancionadas".

Las citas textuales del discurso están tomadas de Tullo Halperin Donghi, *La República imposible (1930-1945)*, tomo V de la Biblioteca del Pensamiento Argentino, Buenos Aires, Ariel, 2004. ▀

Así, en los meses que van de abril a noviembre de 1931 se realizaron operaciones y movimientos intrincados, cambiantes y cruzados. Con el quiebre del uriburismo, los grupos cercanos a Justo lograron afianzar

sus posiciones en la administración. Justo se esforzaba en la construcción de su propia candidatura a presidente y no dejó de intentar convertirse en candidato del radicalismo. En este partido se había producido el retorno de algunos disidentes que años atrás habían emigrado al antipersonalismo. En tanto, volvía al país Marcelo T. de Alvear, quien, luego de unas declaraciones bastante favorables al golpe del 6 de septiembre realizadas desde Francia, había asumido una posición crítica ante la dictadura. El ex presidente llegó a Buenos Aires a fines de abril de 1931, con una actitud claramente opositora, que ratificó en una entrevista con Uriburu; en mayo se ponía a la cabeza de la reorganización del partido. Naturalmente, Alvear era un dirigente muy poderoso en el radicalismo, que contaba además con la vieja amistad de Yrigoyen.

En julio de 1931, algunos militares yrigoyenistas intentaron un movimiento armado, que tuvo como suceso central el levantamiento del teniente coronel Gregorio Pomar en Corrientes, pero la tentativa fracasó. Varios dirigentes radicales, entre ellos el propio Alvear, fueron deportados. La dictadura convocó a elecciones para noviembre, y la UCR proclamó la candidatura de Alvear, por entonces exiliado en Montevideo. Bloqueada así la alternativa radical para su candidatura, el general Justo se dedicó a construir otra base de apoyo y simultáneamente presionó para obtener del gobierno el veto a la candidatura de Alvear, que logró poco tiempo antes de las elecciones. Ante esa circunstancia, el radicalismo decidió la abstención. El recurso era extremo, ya que en los hechos significaba entregar la presidencia a Justo.

Finalmente, en las elecciones de noviembre triunfaron los electores que apoyaron la candidatura justista. Ellos provenían del Partido Demócrata Nacional (PDN) —reunión de los grupos conservadores provinciales—, del Partido Socialista Independiente, una escisión del PS, y de la Unión Cívica Radical Antipersonalista; en un hecho singular hasta el momento en la política argentina, la iglesia católica se había pronunciado a favor de esta fórmula. En segundo lugar se ubicaron las listas de la Alianza Civil, integrada por el Partido Demócrata Progresista y el Partido Socialista, que llevaban como candidatos a Lisandro de la Torre y a Nicolás Repetto e intentaban constituirse en la oposición de izquierda —una izquierda moderada y republicana— a la candidatura justista.

Varias observaciones deben realizarse en torno a estas elecciones. La primera, que en el caso del oficialismo no se trataba de una alianza estable y formalizada, sino de un acuerdo electoral entre partidos de peso muy distinto en cada provincia, y que, en general, se redujo sólo a la candidatura presidencial. Aun los candidatos a acompañar a Justo como vi-

cepresidentes fueron diversos. La segunda, que la Alianza Civil recogió parte de los votos que en otras ocasiones se habían dirigido al radicalismo, esta vez en la abstención. Luego, que el nivel de abstención fue bajo, aunque debe considerarse que la medida fue decidida muy poco tiempo antes del comicio. La conjunción de estos dos últimos fenómenos fortaleció a la oposición institucional, representada por la Alianza Civil y decidida a participar en el juego político, y llevó a que los partidos que la integraban vieran ampliada notablemente su presencia parlamentaria, mientras el radicalismo asumía el papel de oposición disruptiva por unos años, durante los cuales algunos grupos intentaron levantamientos armados con la participación de militares. El grueso del partido —a pesar de ciertas excepciones provinciales— prolongó la abstención hasta 1935. Por último, que en las elecciones de 1931 se registraron denuncias de fraude en Buenos Aires y en Mendoza; en algún caso, se trató de acciones en el marco de la contienda interna y local librada por las agrupaciones que apoyaban a Justo, que competían entre sí por el resto de los cargos en juego. Sin presencia radical y dado que la Alianza no constituía una amenaza electoral seria a escala nacional, era innecesario para el justismo apelar al fraude masivo para garantizar el resultado favorable en los comicios.

El cuadro político en los primeros años de la presidencia de Justo

Luego de las elecciones de noviembre, Justo y su vicepresidente, el conservador Julio A. Roca —hijo del ex presidente de la nación—, asumieron sus cargos en febrero de 1932. Desde ese momento y hasta su muerte, que tuvo lugar en enero de 1943, Justo sería una de las figuras decisivas en la política argentina.

Durante los primeros años de su gobierno y hasta 1935, la coyuntura política estuvo caracterizada por la abstención de la UCR y la ocasional apelación a la protesta armada por parte de algunos de sus grupos. Al mismo tiempo, la vida del partido radical continuaba a través del dictado de conferencias, la celebración de homenajes, la apertura de locales, la difusión de la prensa, la reunión de los organismos directivos. Otro de los rasgos propios de esa coyuntura fue la complicada relación entre los partidos que componían el oficialismo, cuya alianza parlamentaria, laxa e inorgánica, comenzó algo después a llamarse Concordancia. Estas agrupaciones competían por instalar a sus cuadros en el go-

bierno nacional –las situaciones provinciales estaban más definidas– y por imponer sus propias listas en las elecciones. Esa competencia fortalecía la figura de Justo, que mediaba y también decidía en última instancia, y que contaba además con el favor del ejército. Así, las agrupaciones conservadoras reunidas en el PDN, que eran las de mayor poderío electoral y presencia en las provincias, debieron resignar candidaturas y cargos ante las demás fuerzas. El otro elemento característico de los primeros años de la presidencia de Justo fue el tipo de relación trazada entre el oficialismo y los partidos de oposición parlamentaria, cuya representación había crecido de manera inusual. Aunque no faltaron crisis y disputas, esa oposición participaba de las actividades del Congreso y, en consecuencia, tenía con el oficialismo un terreno común, aun para la discrepancia. En la abstención, el radicalismo se veía compelido a imponer de forma diferente el orden político reinante.

Los radicales: el retorno y el fraude

Aun con tropiezos, desde poco después del golpe de 1930 la UCR avanzaba en su reorganización. A su vez, la fecha del 5 de abril de 1931 quedaría como la de una epopeya para la militancia radical, incluso luego de levantada la abstención. Hipólito Yrigoyen, que en los primeros tiempos luego del golpe había sido encarcelado en Martín García, donde pasó más de un año sin ser procesado, continuaba ejerciendo un liderazgo crucial en el partido. La dirección de la UCR estuvo al tanto y en algunas ocasiones favoreció los levantamientos planeados en estos años, que o bien fueron descubiertos y desactivados, o bien fracasaron desde el punto de vista militar. Vistos desde hoy, resulta evidente que tenían pocas posibilidades de triunfo. Sin embargo, a pesar de las derrotas, esas rebeliones y la represión que las seguía –que en algunos casos terminó con centenares de activistas de base en prisión, junto a dirigentes como Alvear, Yrigoyen, Ricardo Rojas, antiguos ministros, gobernadores o parlamentarios– tenían el efecto de ratificar la identidad partidaria y activar elementos propios de la religión cívica que en parte era el radicalismo, circunstancia de alguna utilidad para el partido en tiempos en que, por propia decisión, no participaba de las campañas electorales. La muerte de Hipólito Yrigoyen, ocurrida el 3 de julio de 1933, fue también la ocasión de mostrar cómo funcionaban los mecanismos identitarios del radicalismo: la movilización fue masiva y, por tramos, la multitud llevó a pulso el ataúd. No obstante, en el largo plazo, este tipo de fenómenos tenía efecto, fun-

allí, contra la posición de las autoridades nacionales, el radicalismo provincial decidió participar de las elecciones de renovación de la Cámara de Diputados de la Nación. El gobierno de Justo se preocupó por garantizar la libertad de la elección como elemento de propaganda ante la opinión pública, y el radicalismo tucumano se alzó con la victoria. Claro que el número de diputados nacionales que se elegían en aquella provincia no ponía en riesgo la mayoría oficialista, de manera que Justo podía permitirse ese gesto sin pagar mayores costos al momento de contar los diputados propios y los ajenos.

Ante una situación en la que cualquier salida entrañaba un riesgo, la dirigencia radical decidió la vuelta al ruedo electoral en 1935, trastocando el panorama. En enero de ese año, con la oposición de los grupos que decían recuperar los principios de Yrigoyen e insistían en la necesidad de no convalidar el sistema participando de él, se decidió el levantamiento de la abstención.

Algunos activistas de los sectores opuestos a esa decisión fundarían luego FORJA, una agrupación de intelectuales y cuadros políticos más que una línea interna con peso electoral. Arturo Jauretche, Homero Manzi, Jorge del Río, Gabriel del Mazo y Luis Dellepiane formaron allí, y Raúl Scalabrini Ortiz fue una figura clave en el grupo. Se definían yrigoyenistas y hacían del antiimperialismo una cuestión central, en coincidencia parcial con agrupaciones como el APRA, ya mencionado en el capítulo 3, que el dirigente peruano Víctor Haya de la Torre había fundado en 1924 con la aspiración de constituir un frente de trabajadores manuales e intelectuales latinoamericanos. En el caso de FORJA se trataba de un antiimperialismo que denunciaba la dependencia económica y política de Inglaterra, en lo que constituía una nota diferenciada del antiimperialismo de la década anterior, particularmente sensible al avance norteamericano sobre el resto del continente. Durante la segunda mitad de los años treinta y hasta la aparición del peronismo, los forjistas desplegaron una intensa tarea de propaganda, organizando reuniones y conferencias, publicando folletos, denunciando a figuras del partido en ocasión de las reuniones de los organismos directivos. Tenían grupos de activistas en varias ciudades, y algunos militantes de peso en el movimiento estudiantil. Con pocas excepciones, asumieron una posición fuertemente neutralista ante la Segunda Guerra Mundial. También otros sectores, más inclinados que los forjistas a librar la disputa electoral interna dentro del partido, fueron críticos de la línea política decidida por Alvear y las autoridades; su espacio crecía o menguaba de acuerdo con lo exitoso de la línea oficial y más adelante confluirían en la llamada "intransigencia".

De todos modos, como había ocurrido en las décadas anteriores, en gran medida el radicalismo continuaba siendo un agrupamiento de estructuras provinciales que lograba acordar algunas posiciones compartidas en los organismos de dirección nacionales. Lo que quizá fuera novedoso en estos tiempos era el hecho de que varios grupos de intelectuales y dirigentes observaron esta situación, la concibieron como un problema e intentaron, desde distintas perspectivas, estabilizar un cuerpo de doctrina y consolidar la estructura del partido para resolverlo. Fruto de esos esfuerzos fue el primer programa formalizado de la UCR, que se presentó en 1937 como plataforma electoral para las elecciones presidenciales.



FORJA y su visión del radicalismo

En junio de 1935, dirigentes e intelectuales radicales fundaron la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina, uno de los grupos que cuestionó la línea oficial del partido en nombre del yrigoyenismo, la intransigencia y el "auténtico" radicalismo. Hacia enero de 1936, en ocasión de la convocatoria a elecciones internas en el partido, la agrupación sostenía:

"Levantada la abstención, quebrantada la intransigencia, el radicalismo amenaza derivar en una fuerza utilitaria que, degenerando en una nueva facción politiquera, se confunda con las que actualmente usufructúan el poder, haciendo peligrar con esto el resurgimiento de la democracia argentina [...].

Ya FORJA ha denunciado tales intentos como parte de un plan destinado a obtener la pacificación del país, favoreciendo los propósitos del capitalismo extranjero colonizador, para el total dominio de los resortes económicos y morales del pueblo, suprimiendo el peligro de la rebeldía popular emancipadora, que el radicalismo representa en tanto sea auténtica expresión de la tradición revolucionaria argentina. El electoralismo se propone lograr la disgregación de la UCR, federalizándola en intereses de distrito", continuaba argumentando, lo que impediría la realización de los "fines de la reparación nacional", que para la agrupación son "la restauración argentina sobre la base de la soberanía popular; la emancipación económica y cultural del pueblo y el imperio de la justicia social".

Las citas están tomadas de Miguel Ángel Scenna, *FORJA. Una aventura argentina (De Yrigoyen a Perón)*, Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1983. ▀

Con el radicalismo reintegrado al juego electoral, a lo largo de 1935 y 1936 tuvieron lugar elecciones de gobernadores en algunas provincias y de diputados nacionales; los candidatos radicales tuvieron un buen desempeño. Las gobernaciones de Entre Ríos, Tucumán y Córdoba fueron para ellos, y en el Congreso constituyeron un bloque muy importante. Si bien en esas provincias se votó con ciertas garantías, en la de Buenos Aires, por ejemplo, ya a fines de 1935 el voto cantado y el fraude abierto llevaban a la gobernación al conservador Manuel Fresco. En las elecciones legislativas de 1936 las denuncias de fraude fueron también muy extendidas, pero, a pesar de todo, la oposición conquistó la mayor parte de los escaños. Los éxitos radicales alertaron al oficialismo, que comenzó a instrumentar diversos procedimientos para garantizar que las elecciones presidenciales de 1937 quedaran en sus manos.

Las elecciones de 1937

Varios de aquellos mecanismos tuvieron como objetivo el control de las provincias, que continuaban siendo las jurisdicciones donde, efectivamente, tenía lugar la elección. Buenos Aires estaba garantizada para el oficialismo, dado que su gobernador era Fresco; en tanto, Santa Fe fue intervenida. Para no correr riesgos, poco antes de celebrarse los comicios de 1937, el gobierno hizo aprobar en el Parlamento una reforma de la ley electoral, que eliminaba la lista incompleta para los miembros del Colegio Electoral que elegiría al presidente. Así, quien triunfaba en el distrito se alzaba con todos los electores. En noviembre de 1937, varios procedimientos –fraude encubierto, fraude abierto, voto cantado, intervención policial– dieron el triunfo a la fórmula oficialista integrada por Ricardo Ortiz, radical antipersonalista, y Ramón Castillo, conservador de Catamarca, frente a la fórmula radical encabezada por Alvear.

Así las cosas, la situación volvía a complicarse para el radicalismo. La decisión de la dirección partidaria, que señaló el levantamiento de la abstención y la estrategia posterior, había parecido al menos parcialmente exitosa a lo largo de 1935 y 1936, pero, vista en cambio desde la derrota –aun fraudulenta– de 1937, exhibía más flancos débiles y alentaba las voces de los disidentes. Para el oficialismo, la apelación al fraude tenía el costo de la crítica de sectores amplios de la opinión pública. El dilema ante la elección de 1937 para el oficialismo había sido el siguiente: o se respetaban las reglas de juego, permitiendo una com-

petencia libre que muy probablemente terminaría en una victoria de la UCR y en el consecuente alejamiento del poder, pero con la gobernabilidad medianamente consolidada, o se aplicaba el fraude a gran escala para controlar la sucesión presidencial, poniendo en evidencia la ilegitimidad de origen del gobierno que vendría a heredarlo. Estaba clara cuál había sido la opción. En febrero de 1938 asumía la fórmula oficialista, integrada por Ortiz y Castillo.



Tapa de *Caras y Caretas* en alusión a los rumores de posible fraude en las elecciones nacionales de 1937.

La presidencia de Ortiz

Roberto Ortiz fue el candidato que Justo, árbitro en la coalición oficialista, sostuvo en las disputas internas. En cambio, el vicepresidente, Ramón Castillo, fue impuesto por los sectores conservadores. Ortiz provenía del antipersonalismo, que no era el partido electoralmente más poderoso del oficialismo. El nuevo presidente tampoco tenía arraigo dentro del ejército y dependía del apoyo de Justo para contar con esa institución. Es altamente probable que el cálculo de Justo fuera que la

presidencia de Ortiz constituía la mejor apuesta para su propio retorno, en las elecciones de 1943.

Sin embargo, la política de Ortiz reveló mayor autonomía que la prevista. Si bien al comienzo de su presidencia desestimó públicamente las denuncias generalizadas de fraude en las elecciones de diputados celebradas en marzo de 1938, un año más tarde, a comienzos de 1939, el presidente anuló unas opacas elecciones de diputados que tuvieron lugar en San Juan, y en febrero de 1940 intervino la provincia de Catamarca, territorio de origen del vicepresidente Castillo, también por cuestiones electorales. En tanto, en septiembre de 1939 había comenzado en Europa la Segunda Guerra Mundial, cuyo impacto en la política argentina sería notorio. Se ha conjeturado que el cambio que Ortiz imprimió a su política hacia el fraude obedecía tanto a la disputa con los grupos conservadores que respaldaban a Castillo como a una convicción, fundada en su antigua pertenencia al radicalismo, de que aquel dilema sólo podría quebrarse al garantizar la libertad de las elecciones. En cualquier caso, Ortiz pasó a encabezar una campaña contra el fraude, que tuvo en la intervención a la provincia de Buenos Aires su máximo capítulo. Allí, en febrero de 1940, se celebraron elecciones para gobernador, y en marzo tuvieron lugar las de diputados nacionales. El gobernador conservador Manuel Fresco, que proclamaba tanto su apego al voto cantado como al fraude, decidió asegurar en las primeras el triunfo de su candidato a gobernador, Alberto Barceló, a través de estos mecanismos. Ante las presiones del Poder Ejecutivo y de varios medios de prensa, permitió la fiscalización de las segundas, y el triunfo radical que se insinuaba creó el espacio político para que, finalmente, Ortiz interviniera la provincia.

La política de Ortiz, orientada a garantizar elecciones limpias, lo alejaba de sus aliados de antaño. En el caso de los conservadores, por razones obvias; en el de Justo, porque el ex presidente veía cuestionado su liderazgo y su estrategia para el retorno. Sin embargo, los problemas de salud de Ortiz, agravados desde mediados de 1940, tuvieron un papel central en la evolución de esta historia, ya que forzaron al presidente a solicitar licencias en varias ocasiones.

Castillo y los conservadores

En septiembre de 1941, Castillo, que reemplazaba al presidente en una de aquellas oportunidades, logró organizar su propio gabinete, con fuerte presencia conservadora. De esta manera, se quebraba la política

dirigida contra el fraude, mientras el radicalismo quedaba una vez más sin estrategia adecuada, dado que todas sus expectativas se habían centrado en la política de Ortiz. La potencial restauración de las condiciones para que se llevaran a cabo comicios fraudulentos volvía a instalar dilemas conocidos para los radicales, y el Bloque Opositor, reunión de los disidentes, pasó a manifestar, ahora con más claridad, sus críticas a la conducción de Alvear.

En estado de fuerte crisis interna, la UCR perdió varios distritos importantes en los que no hubo fraude en las elecciones para diputados nacionales celebradas en marzo de 1942. Días más tarde moría Alvear, y en julio fallecía Ortiz. En esa coyuntura, la alternativa de la garantía para los comicios parecía absolutamente lejana.

Otro de los personajes destacados en la política argentina del momento, el ex presidente Justo, también vio recortada su influencia en el gobierno hacia fines de 1942, cuando se produjo el reemplazo del general Tonazzi, ministro de Guerra que le era leal, por el general Pedro Pablo Ramírez, cercano a los militares nacionalistas. Una vez más, ante la pérdida de esta herramienta decisiva para su hipotético retorno a la presidencia, Justo se aproximó al radicalismo, y ganó terreno la idea de constituir un agrupamiento opositor que comenzó a llamarse Frente o Unión Democrática. El general se transformaba ahora en adalid de la democracia e incondicional partidario de la causa aliada en la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, la situación volvería a cambiar: Justo murió en enero de 1943. En tanto, los conservadores se reagrupaban y decidían que la sucesión —garantizada una vez más por la aplicación del fraude— sería esta vez para sí mismos. Robustiano Patrón Costas, senador por Salta, conservador, terrateniente vinculado al negocio del azúcar y partidario de los Aliados en la guerra, era el elegido. Esta última condición tendría un papel decisivo en los sucesos políticos argentinos por venir.

Escándalos y desprestigios

En estos años, la crisis del andamiaje institucional fue en parte el resultado de factores ya mencionados: derrocamientos, anulación de elecciones, fraudes, votos cantados que impactaban directamente en el plano electoral. Pero aquella crisis también fue alentada por otro tipo de hechos; uno de ellos fue el asesinato, en pleno recinto del Senado, de Enzo Bordabehere, senador electo por Santa Fe del opositor PDP. El

episodio tuvo lugar en julio de 1935, en el contexto de las interpelaciones y debates parlamentarios que se sucedieron luego de la firma del Tratado Roca-Runciman, que establecía importantes ventajas para el comercio y el capital británicos a cambio del mantenimiento de las compras de carnes argentinas.

Lisandro de la Torre, también senador demoprogresista, impulsó la creación de una comisión de investigación del negocio de las carnes, cuyas tareas incluían el examen de posibles maniobras ilegales de los frigoríficos ingleses, entre otras, la falsificación de documentos contables y el intento de sacarlos fuera del país. En junio de 1935, De la Torre presentó los resultados de la tarea de la comisión y denunció tanto a los frigoríficos como al gobierno por la tolerancia que demostraba al momento del cobro de impuestos y multas por infracciones. Además, Luis Duhau, ministro de Agricultura, fue acusado de vender ganado a esas mismas empresas. En una de las sesiones en las que los ministros de Justo planteaban sus argumentos, un matón de fuertes vínculos con el oficialismo disparó contra Lisandro de la Torre; el muerto fue sin embargo Bordabehere.

En la ciudad de Buenos Aires, de particular visibilidad en la política nacional, la oposición se vio enredada también en casos de corrupción con ribetes de escándalo. En 1936, varios radicales, miembros del Concejo Deliberante porteño, fueron sobornados junto a funcionarios públicos y políticos oficialistas por las compañías extranjeras de electricidad que, desde unos años antes, negociaban las prórrogas de sus concesiones. En el caso del radicalismo, la crítica a esos actos fue uno de los argumentos recurrentes de la oposición a Alvear, quien habría avalado la utilización de parte de aquel dinero en la campaña electoral de 1937.

Ya a fines del período, en 1940, otro escándalo estalló en el Congreso con la denuncia presentada por el senador Benjamín Villafañe, oficialista y antiguo y fervoroso opositor a Yrigoyen, referida a la compra de tierras realizada por el ejército en El Palomar, a precios sospechosamente altos. El ministro de Guerra, general Márquez, diputados oficialistas y radicales fueron implicados. Como corolario, Víctor Guillot, uno de los legisladores radicales involucrados, se suicidó luego de la investigación. En el juego político, el escándalo fue utilizado contra Márquez y contra el mismo presidente Ortiz, quien estaba por entonces empeñado en su campaña para garantizar elecciones limpias.

Otras formas de la intervención política

Junto a esas dimensiones de la lucha política, los intentos de intervención en las cuestiones públicas asumían también otras formas. Durante la dictadura de Uriburu, el tono estuvo dado por la restauración de la pena de muerte y una represión intensa, que incluyó el fusilamiento de los militantes anarquistas Severino di Giovanni y Paulino Scarfó, a comienzos de 1931, así como el hostigamiento a militantes obreros y activistas radicales, además de la prisión del ex presidente Yrigoyen, hecho de fuerte peso simbólico. Ya en tiempos de Justo, la prensa opositora circulaba con intensidad, los debates públicos —referidos al tratado Roca-Runciman, o a episodios europeos, entre otros— eran intensos, y los propios intentos insurreccionales del radicalismo se sumaban a ese agitado clima de discusión. Menos estruendosa que estos últimos, la movilización católica en ocasión del Congreso Eucarístico de 1934 también ganó las calles revelando una nueva presencia de la iglesia en la sociedad.

Por su parte, en numerosas ocasiones los grupos de izquierda lograron hacer circular sus publicaciones periódicas y sus libros, y algunas de estas empresas fueron muy exitosas, como la ya mencionada *Claridad*. Sin embargo, también fueron objeto de persecuciones y prohibiciones frecuentes, en particular cuando se trataba del anarquismo —ya declinante hacía tiempo— y de miembros o simpatizantes del Partido Comunista. Una ley de represión de las actividades comunistas fue sancionada a fines de 1936. En estas zonas del universo político argentino comenzaron a desarrollarse algunas acciones comunes que preanunciaban el clima de frente popular, táctica oficialmente asumida por los comunistas en 1935. A pesar de que no faltaron los intentos por concretarlos, el Frente Popular no prosperó en la Argentina; la presencia del radicalismo es un dato importante en esa cuestión. Habiendo abandonado ya la abstención, los radicales no sólo estaban convencidos de que su fortaleza electoral volvía innecesaria cualquier alianza —en la vieja línea interpretativa que concebía al radicalismo como la nación misma—, sino que buena parte de su dirigencia tenía severas objeciones ideológicas hacia el comunismo, de cuya reciente conversión al campo de la democracia, que hasta poco antes juzgaba burguesa, recelaba. Tampoco el Partido Socialista demostró entusiasmo con la alternativa del Frente Popular, al punto que concurrió a las elecciones de 1937 con su propia fórmula, mientras el Partido Comunista apoyaba la candidatura de Alvear. Entre los activistas obreros el clima de colaboración parece haber sido más intenso.

Entre los grupos vinculados a otras tradiciones, la actividad fue también muy intensa en los años treinta. Las múltiples formaciones nacionalistas, con diferencias entre sí, se mostraron particularmente dinámicas y sostuvieron periódicos, editoriales, conferencias y cursos. En los años treinta, los circuitos nacionalistas y católicos se superpusieron en muchas ocasiones, y la presencia del nacionalismo en el Ejército creció notoriamente.

Ecos de la Guerra Civil española

En 1936, el estallido de la Guerra Civil española volvió más crispado y dramático el debate político. La existencia de una vasta colonia de inmigrantes españoles, así como las relaciones intelectuales intensas —que tenían ya varias décadas de antigüedad— contribuyeron a que la guerra tuviera un impacto cierto. Entre quienes adherían a la República se encontraban tanto los grupos de izquierda como sectores de la UCR y de la militancia sindical. Campañas de apoyo y de recolección de recursos, organización de los comités de ayuda que se extendieron a casi todo el país, movilizaciones recurrentes en las ciudades, y una menos pública operación de envío de voluntarios fueron sostenidas por los partidarios de la República, entre quienes los comunistas fueron algunos de los más eficaces organizadores. Sus adversarios, con el apoyo de los sectores nacionalistas y, en líneas generales, de los católicos, replicaban con las mismas acciones, con la excepción de las grandes movilizaciones callejeras. No obstante, el impacto tuvo sus límites, ya que el conflicto local seguía siendo una disputa política y nadie se atrevía a proponer que la salida fuera la de España.

Madrid caía en marzo de 1939 en manos de las fuerzas franquistas, mientras que la Alemania de Hitler invadía Polonia en septiembre de ese mismo año. Así, al efecto de la guerra de España vino a sumarse, casi inmediatamente después, el de la nueva contienda mundial, que fue aún mayor, en particular a partir de la entrada en conflicto de los Estados Unidos y de Rusia, en 1941. A su vez, la Argentina fue uno de los destinos de los exiliados republicanos, algunos de ellos intelectuales o políticos de nota, como Claudio Sánchez Albornoz, Luis Jiménez de Asúa o Rafael Alberti.

La guerra de España

Desde el comienzo de la guerra, muchos grupos políticos y culturales argentinos, así como asociaciones de inmigrantes, tomaron posición frente a ella. Intentaron, además, campañas de apoyo y de recolección de fondos, así como menos visibles envíos de combatientes. Por otro lado, varios de ellos buscaron enlazar sus contiendas locales con las que en España libraban las fuerzas que les eran afines, una operación intelectual que sin embargo tenía ciertos límites.



“García Lorca. La primera hazaña de los facciosos.” Ilustración de Manuel Kantor, aparecida en *El Diario*, periódico publicado en Buenos Aires, el 25 de junio de 1938. ▀

El factor militar

En la primera mitad de 1943, la situación política era compleja. El radicalismo estaba en crisis luego del fin de la apertura impulsada por Ortiz, de las derrotas electorales de 1942 y de la muerte de Alvear. A su vez, la muerte de Justo complicaba la alternativa del Frente Democrá-

tico. No eran pocos los dirigentes que entendían que la salida era militar, e intentaban encontrar quien encabezara un golpe a la medida de sus expectativas. La candidatura de Patrón Costas, que el presidente Castillo había decidido para competir en nombre del oficialismo, no terminaba de convencer a las propias fuerzas conservadoras y, lo que resultaba mucho más serio para el candidato, era mirada con mucha prevención por numerosos oficiales del ejército, quienes entendían que la neutralidad ante la guerra sería quebrada de llegar Patrón Costas a la presidencia. Aquel aumento del peso de los oficiales nacionalistas, varios de ellos, además, católicos, se completaba, en ocasiones, con simpatías ideológicas por los ordenamientos políticos vigentes en los países del Eje. Sobre ella reposaba, en parte, el aprecio de la política de neutralidad, mientras que en otros casos se la sostenía por las consecuencias que, se suponía, la entrada en la guerra podría acarrear para el país.

El panorama era incierto, y el golpe militar que tuvo lugar el 4 de junio de 1943 no lo despejó, al menos en los primeros momentos, ya que las interpretaciones acerca del movimiento, sus objetivos y protagonistas fueron varias y contradictorias. Tampoco esta vez hubo resistencia alguna y el gobierno de Castillo cayó sin más. En un anuncio de que los tiempos que se aproximaban no habrían de ser serenos, el general Arturo Rawson, que en principio había sido elegido para ocupar la presidencia, no llegó a jurar; tres días más tarde, fue reemplazado por el general Pedro Ramírez.

6. Actividades intelectuales, acciones políticas

Durante los años treinta, las discusiones políticas y culturales fueron muy vivas y quienes las libraron constituían un conjunto vasto y heterogéneo de grupos intelectuales y políticos. A pesar de todo, esa intensidad no devino en rupturas decisivas en el mundo de la cultura, al menos hasta fines de la década, cuando la Segunda Guerra Mundial estaba ya muy cercana y los debates se volvieron más ríspidos.

Tiempos de discusión intensa

En algunas ocasiones, se ha querido ver en los años que van del golpe de 1930 al de 1943 una etapa opaca e improductiva desde el punto de vista cultural, y se ha planteado que esos rasgos habrían impactado profundamente en los propios intelectuales. Tanto los suicidios de Leopoldo Lugones y de Alfonsina Storni como la soledad y la espera del “hombre de Corrientes y Esmeralda”, en quien Raúl Scalabrini Ortiz hallaba la encarnación del alma argentina, han sido presentados como evidencia de aquel estado de desazón. Se sumaron al cuadro las denuncias del nacionalismo acerca de la existencia de un complot del silencio en su contra que habría sido llevado adelante por el gobierno y la gran prensa, aunque ellas no coincidían del todo con los argumentos anteriores.

Sin embargo, esas pruebas son endebles, no sólo porque el libro de Scalabrini, *El hombre que está solo y espera*, fue publicado en 1931, de modo que difícilmente podía referirse a los años treinta, sino también porque los suicidios evocados parecen haber estado relacionados con circunstancias íntimas y personales. Tampoco se sostiene el argumento de la exclusión del nacionalismo, al menos para la mayor parte de la década. Numerosos intelectuales connotados de los grupos nacionalistas y católicos, tan a menudo entremezclados, fueron altos funcionarios du-

rante las gestiones de varios presidentes, desde Uriburu hasta Castillo, pasando por Justo, y en algunos gobiernos provinciales –por ejemplo, Octavio Pico, Carlos Ibarguren y Martínez Zuviría–, mientras que otros fueron premiados por el estado nacional o municipal en razón de su producción literaria, como ocurrió con el mismo Ibarguren y Julio Irazusta. El mundo de los intelectuales había cobijado además a los miembros de los elencos nacionalistas desde tiempo atrás, y continuó haciéndolo en los años treinta. Al menos hasta los años próximos al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, aproximadamente, el nacionalismo no se había convertido, en absoluto, en causa de expulsión del universo de la cultura argentina consagrada y canónica.

En vez de un momento de silencio y apatía, los años treinta fueron una coyuntura de fortísima discusión política, de gran movilización pública de escritores y ensayistas, de fundación de variadas empresas intelectuales muy activas y de intervención intensa de los partidos en el plano cultural. Cercanos horizontes rojos previeron los intelectuales de la izquierda, y no sólo la comunista, hasta 1935 al menos, para luego lanzarse con fervor a la prédica antifascista, mientras que los grupos que se inclinaban a la derecha extrema también imaginaban órdenes nuevos. Radicales de todos los sectores, católicos de varias tendencias, socialistas y conservadores, discutieron y publicaron revistas, sostuvieron editoriales, crearon diarios, dictaron conferencias, participaron en la organización de movilizaciones masivas. En estos debates, tal como ocurrió con la disputa más específicamente política librada por los partidos, tampoco pueden distinguirse ni un enfrentamiento que articule todo el escenario, ni dos claros y precisos adversarios que lo protagonicen. Nuevamente, el panorama es confuso, complejo y múltiple.

Los intelectuales y la política

Durante los años veinte, tal como se planteó en el capítulo 3, jóvenes intelectuales animaron la Reforma Universitaria y, en coincidencia parcial, las expresiones locales de las vanguardias. En ocasiones, la producción de literatura de denuncia social convocaba también a grupos generacionalmente semejantes. La política estaba allí, tanto en el conjunto de temas atendidos por estos intelectuales como en aquello que sus acciones tenían de toma de posición frente a cuestiones públicas. La Revolución de Octubre y la Primera Guerra Mundial eran fenómenos a

los que se retornaba sistemáticamente, en numerosas evocaciones y referencias, y la experiencia que se desarrollaba en Rusia era seguida con atención. Lo mismo ocurría con las intervenciones norteamericanas en Centroamérica o con la situación en España bajo la dictadura de Primo de Rivera. Sin embargo, entre estos jóvenes fue visible cierta renuencia a la participación formalizada en los partidos en los años veinte, así como una mayor confianza en la capacidad del intelectual para incidir en los asuntos colectivos en su exclusiva condición de tal.

En los años treinta, en cambio, el compromiso partidario en regla se extendió, en un fenómeno probablemente asociado a los avatares políticos locales, en particular la experiencia del golpe de estado del 6 de septiembre de 1930 y la dictadura posterior. Más adelante, las negociaciones con Inglaterra por un nuevo tratado comercial, el fraude electoral y algunos negociados resonantes actuaron, entre otros sucesos, como factores de movilización para varios sectores intelectuales. En el horizonte internacional, a partir de 1936, la Guerra de España sumó intensidad a los debates; fueron muchos los hombres de la cultura que tomaron partido públicamente en esa ocasión también en la Argentina. Finalmente, deben tenerse en cuenta las discusiones europeas en torno al papel del intelectual en una época de intensa lucha política, de cuyo resultado, según se entendía, prácticamente dependía el destino de la humanidad. Estas discusiones —que, en rigor, habían comenzado a librarse ya en la segunda mitad de los años veinte— cruzaron todo el mundo cultural y no fueron exclusivas de un sector en particular: intelectuales de izquierda y de derecha, liberales, conservadores y aun quienes imaginaban que su tarea los ponía por encima del conflicto político y social se vieron envueltos en ellas.

Así, en los años veinte, jóvenes militantes universitarios creyeron posible la creación de un Partido Nacional Reformista que les permitiera llevar sus principios del claustro universitario a la gran arena política nacional, y dieron pasos en ese sentido, o participaron en iniciativas que reunían a intelectuales de varios partidos, sin filiación precisa, como la Unión Latinoamericana. En los años treinta, en cambio, algunos de ellos se incorporaron a la lucha política plena en las filas del Partido Socialista y del radicalismo.

Sin aspirar al planteo de una lista exhaustiva, pueden señalarse varios casos significativos en este sentido. Julio V. González, que provenía del reformismo universitario, se incorporó al PS; lo mismo hizo Carlos Sánchez Viamonte en 1931, que exhibía una trayectoria previa semejante y había sostenido posiciones fuertemente críticas ante el último gobierno

yrigoyenista. El radicalismo, por su parte, consiguió una adhesión muy importante cuando Ricardo Rojas se integró al partido, luego del golpe de estado. En 1934, bajo el gobierno de Justo, Rojas pasó una temporada en el penal de Ushuaia, en su condición de militante radical, experiencia que relató en su libro *Archipiélago*, publicado en 1942. Rojas no pertenecía a la generación de los jóvenes de los años veinte, pero tenía con ellos relaciones apacibles, en particular con los reformistas de la Universidad de Buenos Aires, donde había sido decano de la Facultad de Filosofía y Letras y, luego, rector.



La causa de los intelectuales

Julio Barcos, por entonces en el radicalismo, planteaba de este modo la cuestión a comienzos de los años treinta:

“Este libro no tiene otra pretensión que la de abrir polémica sobre la política entre aquellos que la niegan o tergiversan su significado, ofreciendo a nuestros intelectuales, a quienes no se les concede autoridad para tratar estos problemas de la vida práctica, la oportunidad de demostrar que tal vez sean los únicos capaces de iluminar el tema. [...] ¿Dónde se ubican los intelectuales avanzados en nuestra borrosa lucha de clases? ¿En la burguesía, por la cual son explotados, pero a la cual pueden llegar mediante la política? ¿En el proletariado, cuya causa abrazaron por sentimentalismo, pero donde se les mira como advenedizos, por no ser trabajadores manuales?

Los intelectuales rebeldes que han tomado partido por la causa de los asalariados no son acogidos sino recelosamente, como huéspedes peligrosos, en las filas obreras. [...] La situación de los intelectuales en la sociedad capitalista es la de una clase perfectamente diferenciada de las otras dos, a las cuales suministra, no obstante, sus pertrechos de guerra para combatirse en el terreno de los principios ideológicos que sustentan por natural oposición. [...] A los intelectuales que hemos llenado nuestro corazón y nuestro cerebro con las ideas revolucionarias de nuestro siglo y que nos hemos educado en los libros y en la lucha simultáneamente nos toca destruir: primero, la aparente antinomia de cultura y política; segundo, la creencia de que la redención de la humanidad es empresa mesiánica de una sola clase”.

Julio R. Barcos, *Política para intelectuales*, Buenos Aires, Claridad, 1931. 

Otro tipo de trayectoria había seguido Julio Barcos, con actuación en el anarquismo y en el activismo docente. Barcos, autor de exitosos ensayos sobre cuestiones políticas y educativas en los años veinte, también fue a formar en las filas radicales en los años treinta, tomando parte incluso en los preparativos de al menos uno de varios levantamientos armados y en algunas de las publicaciones del partido destinadas a los intelectuales, dirigentes y militantes ilustrados, como la revista *Hechos e Ideas*. A su vez, en FORJA, fundada en 1935, Arturo Jauretche podía acreditar una antigua militancia universitaria cercana al reformismo, al igual que Gabriel del Mazo, uno de los reformistas más importantes de la década anterior, que había llegado a ser presidente de la Federación Universitaria Argentina.

Fuera del radicalismo, pero en el universo forjista, el de Raúl Scalabrini Ortiz quizá sea uno de los casos más notorios de cambio en los modos de participación del intelectual en la vida pública. De joven que publicaba con frecuencia en las revistas *Martín Fierro* y *Pulso*, ligadas a las vanguardias locales, y que en 1931 publicaba *El hombre que está solo y espera* con éxito de público y una acogida prometedora de la crítica, entre 1932 y 1933 pasó a convertirse en un intelectual que asumía plenamente su compromiso militante en el plano político. En los años siguientes, Scalabrini se dedicó con energía a cumplir el papel de organizador cultural, mientras publicaba ensayos económicos e históricos de denuncia de la dependencia económica de Inglaterra. Estas tareas continuaban siendo propias de la actividad intelectual, de manera que, más que de un corte radical que lo llevaría de intelectual a político, se trató de una reorganización de la relación entre las actividades propias de ambas esferas.

En otra franja, el Partido Comunista había conquistado ya las simpatías de algunos intelectuales, incluso en la década anterior. Aníbal Ponce, sin militar allí oficialmente, formaba parte del sector de hombres de la cultura cercanos a la agrupación; se trataba de un intelectual importante, que a la muerte de José Ingenieros se había hecho cargo de la dirección de la prestigiosa *Revista de Filosofía*. Con distintos grados de compromiso y trayectoria militante, de duración variable, pasaron por el PC local el pintor Cayetano Córdova Iturburu, los escritores Héctor Agosti y Álvaro Yunque —también colaborador habitual de *Claridad*—, el poeta Raúl González Tuñón, la escritora María Rosa Oliver, que al mismo tiempo participaba de la revista *Sur*, emprendimiento fundado en 1931 alrededor de la figura de Victoria Ocampo. Incluso Roberto Arlt colaboró en más de una de las empresas comunistas a comienzos de los años treinta, como se verá luego.

Raúl Scalabrini Ortiz

A lo largo de los años veinte, Scalabrini frecuentó los ambientes literarios porteños y colaboró en la revista de vanguardia *Martín Fierro* y en los diarios *La Nación* y *El Mundo*. En la década siguiente, luego de publicar con éxito *El hombre que está solo y espera*, en 1931, se convirtió en uno de los principales miembros del grupo FORJA, fundado en 1935. Scalabrini se hallaba volcado por entonces a la actividad intelectual con fuerte compromiso político.



Archivo General de la Nación. ▀

A lo largo de la década, paulatinamente, dos comunistas dedicados a la investigación de temas históricos fueron ganando prestigio, hasta publicar sus primeras obras de envergadura en los tempranos años cuarenta. Se trataba de Rodolfo Puiggrós, quien en 1941 presentó *De la colonia a la Revolución*, y de Eduardo Astesano, quien ese mismo año publicó *Contenido social de la Revolución de Mayo*. Desde fines de los años veinte, como se ha planteado en el capítulo 3, el comunismo había estabilizado una interpretación de la realidad latinoamericana y argentina, que indicaba que se trataba de países semicoloniales; la etapa de la revolución a encarar aquí era, entonces, la democrático-burguesa en su forma agraria y antiimperialista. Esta lectura se sostuvo a pesar de los cambios de línea de 1935 (hacia el Frente Popular), de 1939 (hacia la denuncia

de la guerra como conflicto interimperialista), y de 1941 (cuando la Unión Soviética entró en la guerra y pasaron a impulsarse frentes de unidad nacional contra el fascismo).



Inglaterra y la historia argentina

En la apertura del Congreso Latinoamericano contra la Guerra Imperialista, celebrado en Montevideo en 1933, Aníbal Ponce, una importante figura intelectual estrechamente vinculada al Partido Comunista, señaló que en los primeros años del siglo XIX “las colonias españolas de América Latina, instigadas por Inglaterra, que aspiraba a la expansión de su comercio y a la destrucción de sus viejos rivales, entraron por el camino de la liberación política sin haber alcanzado ni con mucho la madurez económica”. Así, “las nacientes burguesías de América Latina, atrasadas, indolentes, sin ninguna de las capacidades que las nuevas formas de producción exigían en el mundo, se convirtieron a poco andar en pasivos instrumentos de Inglaterra, su nueva metrópolis económica”. La economía latinoamericana, precapitalista en la interpretación de Ponce, quedó bajo control inglés, que había llevado al “vasallaje cada vez más acentuado de las burguesías aborígenes”; a su vez, dado que convenía a Inglaterra “mantenerlas en la situación exclusiva de proveedoras de materias primas [...], se comprende que las tentativas industriales en América Latina que no se acordaran con la explotación inglesa, estuvieran condenadas de antemano a fracasar”. Según Ponce, “el parasitismo inglés ha refrenado desde hace más de un siglo la evolución de las fuerzas económicas de América”.

La denuncia de la sujeción económica a Inglaterra y del papel que le habría cabido en la historia nacional no era exclusiva de los comunistas, sino que estaba extendida a muchos sectores; poco tiempo después de esta intervención, por ejemplo, los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, intelectuales nacionalistas, formularían la suya en el libro *La Argentina y el imperialismo británico*, de 1934.

El discurso pronunciado por Ponce en 1933 figura en Aníbal Ponce, *El viento en el mundo*, Buenos Aires, El Ateneo, 1939. ▀

Los grupos nacionalistas inclinados a la derecha habían contado desde fines de la década anterior con presencias intelectuales importantes: Leopoldo Lugones fue el caso más destacado. Desde los años veinte, Lu-

gonos había reclamado gobiernos de orden y expresado su confianza en el ejército como su principal pilar y, en 1930, publicó trabajos que proponían el camino de una “grande Argentina” y una “patria fuerte”, fórmulas que ponían de manifiesto la continuidad de su perspectiva. Por otra parte, hacia 1927, Ernesto Palacio, joven vanguardista, y los hermanos Irazusta, entre otros, participaron en la publicación periódica *La Nueva República*, una de las más notorias empresas culturales de ese sector. El emprendimiento logró convocar también a intelectuales conservadores de una generación mayor, como Manuel Gálvez y Carlos Ibarguren, muy bien instalados en el campo cultural. En la década de 1930, varios grupos de intelectuales se ubicaron en la zona de cruce entre el nacionalismo, el pensamiento conservador y el catolicismo, impulsos heredados de los años veinte. Allí se ubican, además de las mencionadas, las figuras de Gustavo Franceschi, Leonardo Castellani –ambos sacerdotes– y Gustavo Martínez Zuviría, que firmaba como Hugo West sus muy difundidas novelas, de fuerte tono antisemita.

Las revistas y publicaciones periódicas fueron instituciones culturales en torno a las cuales prosperó este encuentro entre intelectuales y organizaciones políticas. Las editoriales, muchas veces asociadas a ellas, eran otro espacio de encuentro, y a ese conjunto se sumaban ateneos y asociaciones de intelectuales. Así, por ejemplo, luego de la dictadura de Uriburu, el PC publicó *Soviet*, *Actualidad* y, más adelante en la década, *Argumentos*, *Problemas* y la Asociación de Intelectuales, Escritores y Periodistas (AIAPE) eran dos editoriales cercanas a la organización. De los grupos en que confluían el catolicismo y el nacionalismo surgieron, con presencias variadas en cada caso, *Criterio*, fundada a fines de los años veinte, y *Sol y Luna*, que en 1938 se planteaba intervenir en el propio mundo de los intelectuales. Con el nacionalismo plenamente político –y la mayoría de las veces, más radicalizado– pueden filiarse publicaciones que buscaban llegar a públicos más extendidos: *Crisol*, *El Pampero*, *Clarínada* y *Combate*.

Por su parte, tanto la editorial como la revista *Claridad* estaban asociadas a la izquierda en general, aunque su catálogo no era exclusivamente político. En la revista encontraron un ámbito de expresión varios de los grupos de la izquierda latinoamericana, en particular los militantes aprietas exiliados en Buenos Aires. La evocada *Hechos e Ideas* fue una revista de la UCR creada en 1935, y entre otras editoriales cercanas al partido se cuenta una efímera y más evidente Editorial Boina Blanca. Allí, Arturo Jauretche publicó en 1934 su poema gauchesco *Paso de los libres*, que evocaba una de las insurrecciones radicales en las que había participado.

cuyo prólogo había quedado a cargo de Jorge Luis Borges. En el radicalismo se cuenta desde luego a FORJA, con sus *Cuadernos*, que escribieron, entre otros, Jorge del Río, Luis Dellepiane y Gabriel del Mazo. A comienzos de 1940, Scalabrini Ortiz, además de participar en los *Cuadernos*, publicó *Política Británica en el Río de la Plata*, donde reunía artículos que habían aparecido con anterioridad en otros medios. En junio de ese mismo año se publicó el primer volumen de *Historia de los Ferrocarriles Argentinos*. También en este caso las investigaciones del autor habían conocido versiones preliminares en forma de artículos y con el tiempo se transformarían en libros que gozaron de una circulación muy extendida.



La prensa de la derecha

Las publicaciones nacionalistas constituyeron un conjunto amplio y heterogéneo en los años treinta. En el caso de *Clarínada*, se trataba de un nacionalismo fuertemente antisemita y anticomunista; en su subtítulo la publicación se presentaba como una revista de "contra propaganda roja". Se publicó entre 1937 y 1945.



Portada de la revista *Clarínada* del 31 de enero de 1940. Colección Biblioteca Nacional. 

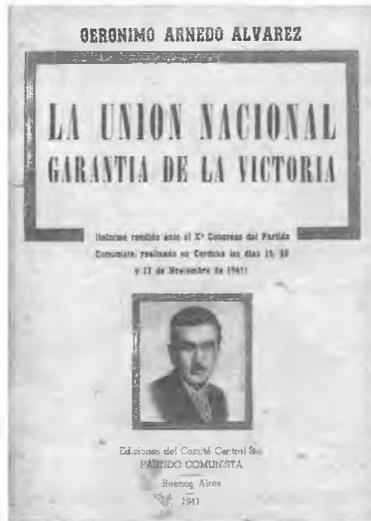
De este modo, muchos escritores, poetas, pintores, profesores universitarios y novelistas participaron en la vida de las agrupaciones políticas con

alguna intensidad. Además, y es éste un dato significativo, eran muchos los dirigentes que, junto a sus funciones partidarias, cumplían un papel con cierto perfil intelectual y escribían sistemáticamente artículos o, más esporádicamente, ensayos –género exitoso por entonces– de más largo aliento. El comunista Rodolfo Ghioldi, los socialistas obreros, en tránsito al comunismo, Benito Marianetti y Ernesto Giudici, algunos dirigentes radicales como Leónidas Anastasi, Luis Boffi y Manuel Goldstraj son buenos ejemplos. En el espacio nacionalista, con menor formalización partidaria, la misma práctica era frecuente, y algunos de los ensayos de denuncia del sector tendrían un gran éxito, como ocurrió con *La década infame*, que al filo del período analizado, en 1945, publicó José Luis Torres, acuñando una denominación que sería duradera.



La Segunda Guerra Mundial y la política argentina

Luego de la invasión nazi a la Unión Soviética, ocurrida en 1941, el PC abandonó su caracterización de la guerra como un conflicto interimperialista, y se alineó decididamente con los Aliados. Al mismo tiempo, el comunismo alentaba las llamadas políticas de unidad nacional contra el fascismo.



Publicación del Partido Comunista, que reproduce informes y discursos planteados en el Xº Congreso de la agrupación, celebrado en noviembre de 1941. 

En cuanto a los ateneos y asociaciones de intelectuales, debe registrarse la existencia de un Ateneo Claridad, que no logró funcionar con continuidad; de una fracasada Unión de Escritores Proletarios y de la AIAPE, vinculadas al PC; también de varios ateneos socialistas y radicales —entre los que puede contarse a FORJA, una de cuyas actividades centrales fue la organización de conferencias y la difusión de los textos presentados—; del Colegio Libre de Estudios Superiores, que, si bien no tenía una filiación partidaria exclusiva, se convirtió en un ámbito de debate político a cargo de intelectuales de varias agrupaciones; de los Cursos de Cultura Católica, uno de los más importantes ámbitos de sociabilidad donde se cruzaban los circuitos nacionalistas, eclesiásticos y militares. A su vez, el estado impulsó la creación de la Academia Argentina de Letras, donde ocupó un lugar destacado Carlos Ibarguren.

Finalmente, por fuera de estos círculos conformados por quienes, en virtud de su tarea política o intelectual, gozaban de cierto reconocimiento y visibilidad, gran cantidad de militantes anónimos y más modestos fundaron revistas dirigidas a sus bases, sindicales o barriales, y fueron autores de los artículos que allí se publicaban, o conferencistas que se ocupaban de los temas más variados en los locales partidarios. De este modo participaban de la dimensión cultural de la lucha política, que por entonces tenía una relevancia particular, a juicio de quienes se dedicaban a ella. Parecían ser también amplios los sectores de activistas, militantes y simpatizantes que acogían con interés esas producciones.

Debates en torno a la función social de los intelectuales

No obstante sus compromisos políticos, muchos de los intelectuales tendían a suponerse miembros de un universo en el que los mecanismos de reconocimiento y consagración eran más o menos autónomos, y no estaban directamente vinculados a habilidades o saberes propiamente políticos, tales como conseguir votos para las elecciones internas o nacionales, obtener recursos para la apertura de un local u organizar una célula barrial o fabril garantizando su funcionamiento y su seguridad. Ello contribuyó a que los grupos intelectuales tuvieran una relación no del todo apacible con sectores de los partidos a los que adherían, a pesar de los esfuerzos que unos y otros, dirigentes partidarios y hombres de la cultura, hicieron muchas veces por entenderse.

Aunque de intensidades cambiantes, las tensiones fueron frecuentes en varios casos y reproducían un elemento: la búsqueda, por parte de

los intelectuales, de un papel específico para cumplir en la organización política en su condición de hombres de la cultura; en algunas oportunidades, la función que los propios intelectuales se atribuyeron fue el de guías doctrinarios. Tal búsqueda suscitó conflictos con los dirigentes más dedicados a la tarea política, que no estaban dispuestos a delegar la función que tenían en el partido. En los años treinta, estas disputas se fueron entrelazando con el proceso que sacudía a los intelectuales desde dentro de sus propias filas, alrededor del debate acerca de su función social y política y de compromiso con alguna causa partidaria.

En estas coordenadas debe situarse la discusión que sostuvo Roberto Arlt con el dirigente comunista Rodolfo Ghioldi en 1932. Al parecer, Ghioldi había invitado a Arlt y al escritor Elías Castelnuovo a escribir en *Bandera Roja*, periódico del partido que buscaba presentarse como independiente para sortear las trabas legales, habituales para el PC. Previamente, Castelnuovo y Arlt habían convocado a la creación de una agrupación de escritores proletarios, y Ghioldi los había invitado a participar en el futuro periódico. Arlt tuvo otras intervenciones en revistas comunistas, como la mencionada *Actualidad*, y en la Liga Antiimperialista, también cercana al partido.

En el debate de 1932, Arlt sostuvo que para la organización de un partido revolucionario “no basta la intención, la simpatía, ni el entusiasmo”; por el contrario, “hay que estudiar, estudiar y estudiar. Nada más”. El propio Ghioldi contestó poco después, en la misma revista, que “los núcleos intelectuales y pequeñoburgueses que se acercan honestamente al proletariado y que subjetivamente desean marchar bajo su hegemonía” tienen, como primer deber, que “renunciar a la teoría de la minoría sapiente que lleva de las narices a la multitud entusiasta”, que a su juicio había expuesto Arlt. El escritor respondió a su vez que “el ciudadano Ghioldi rebasa los límites del marxismo leninista para recaer sin darse cuenta en la demagogia desenfadada, con principios autoritarios”. Lo que se encontraba en discusión es el lugar que le cabía al intelectual en un partido que asumía posiciones obreristas excluyentes, como ocurría con el comunismo de comienzos de los años treinta. La discusión librada en *Bandera Roja* no fue la única, pero ilustra lo complicado de aquellas relaciones.

Claro que no sólo los comunistas tenían estos problemas. El coronel Atilio Cattáneo, conspirador radical a principios de la década, dudaba de las habilidades que Barcos, intelectual de alguna fama, demostraba como organizador de rebeliones militares. A su vez, en el ámbito del ra-

dicalismo resulta significativo que los intelectuales que organizaron tanto *Hechos e Ideas* como los citados *Cuadernos de FORJA*, dos esfuerzos destinados en gran medida a esos mismos sectores, se hubieran asignado a sí mismos el papel de encargados de definir los principios doctrinarios “auténticos” de la UCR, así como las posiciones tácticas ante los desafíos del momento. Desde ese punto de vista, aunque los alineamientos internos fueron distintos y los contactos entre sus miembros escasos, estas dos formaciones culturales radicales tenían mucho en común.

Principales dilemas de los hombres de la cultura

“En verdad, si los intelectuales –es decir, los cultores de la ciencia y del arte– como ciudadanos ejercitan su derecho y cumplen con su deber al inscribirse en un partido y servirlo fielmente, como intelectuales tienen el único deber de atender, con la obra de la indagación, de la crítica y de las creaciones artísticas, a elevar a todos los hombres y todos los partidos por igual a la más alta esfera espiritual”, sostenía el llamado “Manifiesto de los intelectuales antifascistas”, publicado en la Italia de Mussolini en 1925. “Contaminar política y literatura, política y ciencia es un error”, argumentaban quienes firmaban el documento: el verbo utilizado, “contaminar”, es revelador. El texto respondía al manifiesto que los intelectuales partidarios del fascismo habían publicado poco antes.

Ese escrito, que se atribuye al filósofo italiano Benedetto Croce, opositor liberal al régimen de Mussolini, encierra el núcleo de los dilemas que conmovieron a los intelectuales durante aquellos años, y no sólo en Europa. ¿Era posible y acertado predicar la necesidad de separar la política de la práctica intelectual y exigir la escisión entre la condición de intelectual y la condición de ciudadano? De no ser así, ¿valía lo mismo el compromiso con cualquier causa política o sólo algunas eran correctas, puesto que se encontraban asociadas a determinados valores que, desde la perspectiva del intelectual, eran preferibles a otros? Si existían tales posiciones políticas que el intelectual debía asumir en virtud de su propia naturaleza, ¿cuáles eran? Puesto en otros términos, ¿habría una causa política propia, natural de todos los intelectuales en tanto tales? ¿De cuál se trataba: la causa de la revolución, la de la libertad, la igualdad, el orden social, la nación, la democracia...?

Si bien los redactores y firmantes de dicho escrito tenían como adversarios visibles a otros hombres de la cultura que habían manifestado su apoyo al fascismo, en los años treinta se volvió evidente para muchos que

esas preguntas no tenían por qué restringirse exclusivamente a aquel régimen político. El nazismo, en el poder desde 1933; el estalinismo, que se venía consolidando en la Unión Soviética desde fines de los años veinte y que en los treinta ponía en marcha las purgas de los disidentes, incluyendo en ellas a antiguos militantes de la revolución; los regímenes liberal-democráticos o los que pretendían ser tales, aun cuando acotaban libertades civiles y políticas con el argumento de atender razones de seguridad nacional: todos estos modos peculiares de gobierno quedaron involucrados en esa serie de interrogantes.

Hacia 1930, en el contexto europeo, tales dilemas y las confrontaciones que desataron las tomas de posición frente a ellos tenían ya unos años de antigüedad y provocaron la aparición de líneas de quiebre en el mundo intelectual, que se hicieron públicas con claridad en ocasión de la Guerra Civil española.

En la Argentina, en cambio, todavía en la segunda mitad de los años treinta eran posibles algunos diálogos y encuentros entre hombres de letras que se inclinaban a opciones políticas diferentes. Durante buena parte de esta década, aunque existieron discusiones y enfrentamientos, la política no terminó de levantar muros imposibles de franquear entre muchos de los grupos culturales, y no eran pocos los que solían considerar que esas diferencias eran menos importantes que la participación común en el mundo intelectual, una concepción que, aun cuestionada, tenía raíces culturales profundas. Al mismo tiempo, las miradas sobre el estado de las cosas que las formaciones culturales argentinas ponían en juego se hallaban en construcción, y no eran poco frecuentes ni los cambios de perspectiva ni los equívocos, en un momento en que varios fenómenos sociales y políticos —la crisis, el golpe, el ascenso del fascismo— desafiaban las certezas del período previo.

La cuestión de la identidad nacional

En este paisaje agitado por discusiones varias, algunas tendencias amplias involucraron a gran parte del mundo cultural argentino. Dos de ellas fueron la extensión de actitudes y posiciones nacionalistas, por una parte, y los debates, muchas veces velados, en torno a cuál era la tradición política auténticamente nacional, por otra.

El primero de estos fenómenos tuvo varias expresiones. Sin duda, la más evidente de ellas fue el crecimiento, a lo largo de toda la década, de los grupos que se filiaban con el nacionalismo en algunas de sus ver-

siones de derecha y que, en ciertos casos, llegaron a manifestar su apoyo a los gobiernos de Mussolini y de Hitler. Las agrupaciones culturales y políticas nacionalistas se multiplicaron y conquistaron muchos adeptos. Parcialmente heterogéneas, si bien no consiguieron darse una estructura unitaria en estos años, lograron en cambio importantes éxitos en el plano cultural, que se traducían en la extensión de sus puntos de vista a sectores más amplios.

Durante los años veinte, en una etapa todavía fundacional, varios de estos grupos habían asumido posiciones elitistas, conservadoras y tradicionalistas, recelosas de la sociedad de masas y de que la ampliación de los derechos políticos pusiera en entredicho el predominio de los grupos sociales tradicionales. A lo largo de los años treinta, en cambio, se expandieron los planteos que asumían la cuestión social y que no despreciaban las apelaciones a la movilización de masas, por lo que se tornaban más modernos en cierto sentido. Hacia los tempranos años cuarenta, por ejemplo, algunos grupos del nacionalismo habían hecho suya la consigna de la justicia social, clásica del repertorio de la izquierda desde varias décadas antes. El encuentro con el pensamiento del catolicismo social, que también tenía cierta antigüedad, contribuyó con certeza a aquellos cambios. Por otra parte, la idea de que el catolicismo y la herencia cultural española eran los elementos sobre los que se asentaba lo específicamente nacional fue arraigándose sólidamente en estos grupos.

Las relaciones entre el nacionalismo y los intelectuales católicos, e incluso sectores conservadores, tendieron a ser estrechas, como se ha apuntado ya. Sin embargo, a pesar de las coincidencias en las críticas al liberalismo y a la democracia, existían diferencias doctrinarias entre ellos y puede sostenerse que el pensamiento católico se expresaba más cabalmente en, por ejemplo, la revista *Criterio*.

En la segunda mitad de los años treinta, en varios sectores del nacionalismo se difundieron argumentos antiimperialistas, que de todas maneras tampoco eran propios de todos los grupos, ni exclusivos de ellos. En las agrupaciones más radicalizadas, Inglaterra se convertía en uno de los blancos de todas las denuncias. También en muchas de las formaciones nacionalistas hizo pie el antisemitismo.

Pero el crecimiento del activismo nacionalista y la multiplicación de sus publicaciones y organizaciones, aunque fueron fenómenos importantes, no deben ocultar la incidencia de un proceso más amplio e incluso más relevante en el largo plazo: la expansión de sus auditorios y la transformación de algunos de sus argumentos en elementos de un

20
elitista
30
social y
masas
40
social

cabal y
sustentado

subimp

cierto sentido común. Es muy probable que en esa transformación se atenuaran los aspectos más radicalizados de los argumentos de los militantes. A estos procesos debe agregarse la difusión de posiciones vagamente nacionalistas, una especie de "nacionalismo de profesión", en determinados sectores de la estructura administrativa del estado, en parte relacionada con la función que se le otorgaba a cada repartición: en Yacimientos Petrolíferos Fiscales, que creció notoriamente a lo largo del período, entre otras razones por la extensión de la red caminera y del uso del automóvil; en Vialidad Nacional, creada a comienzos de la presidencia de Justo a través de la unificación de reparticiones previas y asociada a aquella extensión; en la Dirección General de Parques Nacionales, de 1934. Todas ellas desarrollaban actividades vinculadas al control estatal del territorio, a su integración y a la llegada del estado a zonas remotas. Incluso en el Consejo Nacional de Educación, las funciones nacionalizadoras que se atribuían a la acción escolar, un lugar común desde hacía décadas, constituían un terreno fértil para la extensión de este tipo de actitudes. Desde ya, en las fuerzas armadas, incluso los liberales y los oficiales que seguían poniendo en primer lugar los criterios profesionales desarrollaban puntos de vista cercanos a los del nacionalismo, fundados en observaciones técnicas.

Al mismo tiempo, políticos e intelectuales pertenecientes a otras tradiciones se avinieron a librar el debate en los términos que el nacionalismo proponía. Esas actitudes estaban en ocasiones motivadas por consideraciones de orden estratégico y de seguridad, algo particularmente evidente en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, y obligaban al ensayo de una distinción tosca que reaparece una y otra vez en estos años, entre el nacionalismo "sano", un "buen y auténtico" nacionalismo, frente a otro, que sería reprobable. Así ocurrió, por ejemplo, en julio de 1941, cuando volvió a tratarse en el Congreso la posible constitución de una comisión de investigación de las llamadas "actividades antiargentinas". En el lenguaje de la época, esa denominación sin dudas crítica aludía a varias de las acciones que los nacionalistas llevaban adelante; tal gesto de crítica se hacía en nombre de la argentinidad verdadera, como la denominación de la comisión prevista sugiere. "Estos nacionalistas" que miraban con simpatía la política del Eje, decía en la sesión el diputado radical Raúl Damonte Taborda, "son profunda y totalmente antiargentinos. Son extranjerizantes, anti-nacionalistas y anticriollos". Su intervención terminaba acusándolos de ser en verdad "seudonacionalistas a sueldo de los imperialismos extranjeros".

Pocos meses más tarde, ante el Xº Congreso del PC argentino, reunido en noviembre de 1941, poco tiempo después de que Hitler invadiera la Unión Soviética, el dirigente Gerónimo Arnedo Álvarez proclamaba que la organización estaba dispuesta, cumpliendo el deber de “todo auténtico patriota”, siguiendo el ejemplo de Belgrano y de San Martín, a “combatir en primera fila con las armas en la mano”, para defender “la existencia libre y soberana de la Nación Argentina”, en esta ocasión, ante un hipotético ataque nazifascista. Por esas mismas fechas, el PC terminaba de construir una tradición nacional y progresista propia con la cual afiliarse, una senda en la cual inscribir su acción política presente, en un proceso que había comenzado algún tiempo atrás. Sin duda había algo de la exageración del recién converso en estos arrebatos comunistas, pero no dejaban de estar a tono con el lenguaje político de la época.

El punto importante es que ninguno de estos actores político-culturales, ni tampoco el resto de los que por entonces intervenían en el debate, admitía que sus adversarios los acusaran de antiargentinos o antinacionales. En décadas anteriores, la lucha contra la apelación nacional lanzada por el estado hacia vastos sectores sociales había sido una actitud clásica del activismo obrero y de los partidos que aspiraban a representar y encuadrar al proletariado. Los anarquistas, en cualquiera de sus versiones, impugnaron con fervor esa identidad en clave nacional que impulsaba el estado durante la celebración del Centenario, por ejemplo, y aun los socialistas, más moderados, dudaron en ceder a ella, al menos por un tiempo. Luego de la Revolución de Octubre de 1917, las primeras organizaciones comunistas habían continuado con esa recusación a la nación y a sus símbolos, que sostuvieron hasta mediados de los años treinta aproximadamente. El anarquismo mantenía sus posiciones tradicionales, pero había entrado en un declive franco ya en los años veinte, mientras que el socialismo, no sin tensiones internas, pasaba a incorporar definitivamente la dimensión nacional en su identidad.

No obstante, en la segunda mitad de los años treinta las cosas habían cambiado a un punto tal que todos los grupos políticos de algún peso y significación pretendían ser auténticamente nacionales y acusaban a sus adversarios de ser cómplices de algún imperialismo, de trabajar como agentes al servicio de intereses extranjeros o de colaboración con alguna potencia, totalitaria, imperialista, o ambas cosas a la vez. Esta circunstancia es la expresión de una tendencia de fondo a la integración de sectores antes disruptivos a la cultura política local y al sistema político. También es probable que contribuyera a ella el avance de la nacio-

nalización de masas, resultado de muchos factores, entre los cuales se destaca el descenso de la llegada de inmigrantes de ultramar y la extensión y profundización de la acción escolar y estatal en general.

De todos modos, queda claro que por debajo de esa apelación que realizaban todos los sectores políticos e intelectuales de alguna relevancia a la tradición nacional, a los intereses de la nación, al sano nacionalismo y a la nacionalidad, existían disputas, a veces públicas y otras, libradas en sordina, por estabilizar y fijar el sentido que debía otorgarse a esos conceptos: los contenidos ideológicos y políticos de la nacionalidad no eran idénticos para los distintos grupos. En este plano, durante los años treinta terminaron de ganar terreno varios modos de concebir la nacionalidad que, a pesar de otras diferencias, hallaban el centro de la argentinidad en formas culturales antiguas, telúricas, que se suponían propias del interior rural. En ese movimiento, la figura del gaucho fue la que quedó definitivamente convertida en el tipo social que encarnaría las peculiaridades de la nación, aquello que resultaba propiamente argentino.

Planteos que exhibían alguna semejanza con éstos venían realizándose desde fines del siglo XIX y, de manera mucho más frecuente, desde el Centenario de la Revolución de Mayo. También en los años veinte, la figura de José Hernández había sido valorada por integrantes de las vanguardias; de esos ámbitos salió la primera iniciativa para erigir un monumento al autor del poema. Pero en aquellos años se trataba de opiniones de intelectuales de mayor o menor prestigio y reconocimiento; en cambio, en la segunda mitad de los años treinta, una versión sumaria de aquellas opiniones sostenía acciones estatales y políticas. Así, a fines de los años treinta se implantó el Día de la Tradición en la provincia de Buenos Aires, mientras se consideraba la instalación de un monumento al gaucho. El Consejo Nacional de Educación incorporó oficialmente las producciones de corte folclórico a las fiestas escolares, aunque es probable que algunas de ellas circularan antes, de manera informal. Simultáneamente, grupos políticos enfrentados por cuestiones que podían reputarse más urgentes —socialistas, radicales, conservadores, nacionalistas— coincidían en homenajear al *Martín Fierro*, a su autor y a la figura del gaucho. Las observaciones más cautas de algunos estudiosos, que destacaban la dificultad de hacer del gaucho un histórico tipo social propio de todo el territorio, o que insistían en que el complejo conceptual nación-folclore-gaucho no era sencillo de articular, tenían auditorios muy reducidos en la época.

Así, las concepciones de nación que ubicaban su centro simbólico en el interior rural, supuestamente representado por la figura del gaucho,

venían a sumarse a otras que ya circulaban en el mundo político-cultural argentino desde tiempo atrás, de las cuales la que hallaba el núcleo histórico nacional en la Revolución de Mayo era la más asentada y extendida. En los años treinta, se produjo un enlace en parte inesperado entre la tradición que se planteaba heredera de la nación de Mayo, que descubría su vértice en un acto político como era la Revolución que terminaría en la Independencia, y la nación que aspiraba a fundarse en las culturas rurales previas. Esta última, sin desplazar a la anterior, fue la que conquistó espacio en la época. Es posible que este movimiento también contribuyera a angostar el espacio del ya menguado liberalismo argentino, que había hecho de Mayo el momento de fundación de su propia tradición nacional.

Otras versiones del pasado y un cambio de clima político

En los últimos años de la década, un nuevo actor vino a sumar sus argumentos a las discusiones que acaban de evocarse. En agosto de 1938, un grupo de intelectuales, escritores y hombres de la política fundó en Buenos Aires el Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas. Como otros grupos culturales, pronto crearon su revista. Ambos eran las expresiones institucionales de la existencia del revisionismo histórico, que se vinculaban parcialmente con algunas experiencias previas, como la creación de la Comisión por la Repatriación de los Restos de Rosas, en 1934. Los revisionistas de 1938 mantenían relaciones cercanas, aunque no exclusivas, con algunos sectores del nacionalismo, ya que radicales como Lauro Lagos formaban parte del grupo. Se contaban entre ellos Manuel Gálvez, hombre firmemente instalado en el mundo intelectual; Ernesto Palacio y Julio Irazusta, autor junto a su hermano Rodolfo de *La Argentina y el imperialismo británico*, que hacia 1934 ofrecía algunas líneas de interpretación que los revisionistas asumirían.

El revisionismo hacía de la reivindicación de Juan Manuel de Rosas uno de sus objetivos principales y decía discutir con la historia escrita "por los vencedores de Caseros", una fórmula a la que se apeló a menudo. De acuerdo con los argumentos revisionistas, esa visión del pasado era la que sostenía la Academia Nacional de la Historia, organizada también en 1938 sobre la base de la vieja Junta de Historia y Numismática, creada por Bartolomé Mitre a fines del siglo XIX. Según la crítica revisionista, se trataba de una versión liberal, porteña y falsa de la historia nacional, y ella constituía lo que llamaban la historia ofi-

cial, de estirpe mitrista. La organización institucional del revisionismo no fue recibida con demasiada hostilidad por el resto de las entidades historiográficas, aunque en el campo cultural, en sentido más amplio, sonaron algunas voces de alarma. Es que el revisionismo asumía, explícitamente, que la suya no era una batalla exclusivamente historiográfica, sino que tenía costados políticos. A aquellas versiones de la nacionalidad que exhibían distintos anclajes históricos venía a sumarse de este modo otra, la revisionista, cuyo centro en el pasado se hallaba en los gobiernos de Juan Manuel de Rosas, el Restaurador.



Política e historia en la versión del revisionismo

No entraré a considerar las causas que dieron origen a lo que llamo la versión oficial de nuestra historia, ni la legitimidad de la misma, porque ello nos llevaría a enfrentarnos con los problemas fundamentales del conocimiento histórico. Diré solamente que dicha versión no se ha independizado, que sigue siendo tributaria de la escrita por los vencedores de Caseros, en una época en que se creía que el mundo marchaba, sin perturbaciones, hacia la felicidad universal bajo la égida del liberalismo y que no se sospechaban los conflictos que acarrearía la revolución industrial, ni la expansión del capitalismo, ni la lucha de clases, ni el fascismo ni el comunismo. Impuesta por Mitre y por López, ahora tiene por paladín al antes citado doctor Levene, lo que, en mi entender, es altamente significativo. Fraguada para servir los intereses de un partido dentro del país, llenó la misión a la que se la destinaba: fue el antecedente y la justificación de la acción política de nuestras oligarquías gobernantes, o sea el partido de la "civilización". No se trataba de ser independientes, fuertes y dignos; se trataba de ser civilizados. [...] Es la angustia por nuestro destino inmediato lo que explica el actual renacimiento de los estudios históricos en nuestro país, con su consecuencia natural: la exaltación de Rosas. [...] La primera obligación de la inteligencia argentina consiste hoy en la glorificación —no ya en la rehabilitación— del gran caudillo que decidió nuestro destino [Rosas].

Ernesto Palacio, *La historia falsificada*, Buenos Aires, Difusión, 1939. 

En tanto, la situación política se volvía más tensa desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, y los conflictos se tornaban más duros e in-